

ALBUM DE SEÑORITAS

Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.



INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Lucrecia.

A su honor debió esta ilustre romana la celebridad de que disfruta; siempre el honor y la virtud producen acciones de eterna fama.

Pero no solo debió á tan envidiables dotes su gloria, aunque á costa de su muerte, sino que Roma le debió su libertad. Lo que no hubieran conseguido millares de conjurados, lo consiguió el heroísmo de una mujer.

Reseñemos su historia.

Hallábanse sitiando los romanos, cinco siglos y medio antes de la venida de Jesucristo, la ciudad de Ardea, y acostumbraban los jefes del ejército pasar reunidos en una tienda los ratos de ocio; y como este no suele aconsejar siempre bien, un día que comían en la tienda de Sixto Tarquino, hijo del rey, hablaron sobre las buenas y malas cualidades de las señoras romanas, ensalzando cada cual las virtudes de la suya.

Colatino, pariente de Tarquino, y esposo de Lucrecia, dijo para terminar la contienda:—«Somos jóvenes: montemos á caballo, y hagámoslas una visita repentina: no siendo esperados, podremos conocer lo que vale cada una.»

Se aprobó el pensamiento, y se puso inmediatamente en ejecucion. Los mas distinguidos oficiales se encaminaron á Roma, donde entraron sin ser conocidos, y hallaron á sus mujeres entretenidas en fiestas y diversiones. Fueron luego adonde residia Lucrecia, fuera de la ciudad, y la encontraron sola con sus esclavas, ocupadas todas en diferentes labores.

Unánimemente se la concedió la supremacía, y Lucrecia gozó de su merecido triunfo con una modestia que le realzaba.

Él fué sin embargo su desgracia. Sixto Tarquino quedó apasionado de ella, y pagando ingrato los servicios que su esposo prestaba á la patria y á su padre, por salvar un trono que habia de heredar, no pensó mas que en Lucrecia, ante cuya virtud se estrellaban sus promesas y esfuerzos; pero no pudieron estrellarse sus villanías.

Lucrecia escribe á su esposo, anunciándole que habia sucedido una gran desgracia á toda la familia. Reunidos todos en su presencia, les dice, anegada en llanto:

—«¿Qué ventura puede conservar una mujer que ha perdido el honor.... pero mi corazón está inocente, mi alma pura, mi muerte será una prueba de ello. Juradme que el infame no quedará impune.... vosotros vereis el castigo que merece; yo, aunque libre de culpa, no quiero exceptuarme de la pena: *ninguna mujer quedará autorizada con el ejemplo de Lucrecia para sobrevivir á su des-honor.*»

Acto continuo hundió un puñal en su pecho, sin que nadie pudiera evitarlo.

En aquel momento parecia rodeada de una aureola celestial; conmovió á todos, como hoy nos conmueve al verla retratada en aquella actitud y teñido de sangre su nevado seno.

Bruto sacó del seno de Lucrecia el puñal ensangrentado, y estendiendo el brazo juró vengar aquella víctima del honor y de la virtud. Todos repitieron su juramento, y el cuerpo de Lucrecia fué llevado á la plaza de Collacia. Sabido el hecho, todos se indignaron, y los romanos tomaron como suya la ofensa hecha á la mas virtuosa de las mujeres.

Empuña las armas la juventud, dirígela Bruto, van á la ciudad, sube el jefe á la tribuna, cuenta el hecho, y el pueblo indignado decreta la deposicion de Tarquino, y arroja del trono á aquella familia indigna de ocuparle; destruye la monarquía, proclama la república, y elige por primeros cónsules á Lucio Junio Bruto y al esposo de Lucrecia, Colatino.

¡Cuántas reflexiones no se desprenden de un hecho de tan grandiosas consecuencias! ¡Cuánto valer ha tenido siempre el honor y la virtud! ¡Qué importa la corrupcion de un pueblo si hay mujeres todavía con el valor suficiente para inmolarse en defensa de lo que otros escarnecen!

Lucrecia, sin atender mas que á sus cuidados domésticos, sin haber aprendido más que el cumplimiento de su deber, tiene en el corazón ese heroísmo que dá la virtud, el mismo que daba la fé á nuestras santas mártires, el que desprecia los tormentos y la muerte á la misma honra.

Enséñese, pues, á las jóvenes la severa práctica de la virtud, y se les enseñará á ser valientes, porque en ella está la fortaleza, en ella el heroísmo, y en ella la fama, la gloria de la mujer. El respeto, el cariño y la admiracion en vida: un recuerdo célebre y eterno en la muerte.

A. Pirala.

LITERATURA.

EL FRATRICIDA.

INTRODUCCION.

En un frondoso retiro
De la fértil Cataluña
Situado en profundo valle
Que el Pirineo circunda,
Donde el sol nunca penetra
De los bosques la espesura,
Ni juega el viento en las hojas
De su maleza profunda;
Negra, triste y solitaria,
Envuelta en la densa bruma,
Una pobre torrecilla

De modesta arquitectura
 Al través de la maleza
 Con trabajo se vislumbra.
 No tiene almenas ni escudos
 Ni la menor escultura,
 Ni en su construcción ostenta
 La más endeble columna,
 Ni trofeos la embellecen
 Ni soldados la circundan;
 Que el señor que en ella habita,
 Aunque de muy noble cuna,
 Cual mayorazgo de aldea,
 Vive en medianía oscura.

No es un crimen el motivo
 Que al hijo del conde oculta,
 De un conde cuyo apellido
 Con razón dejó en la duda,
 Ya que al asunto no importan
 Los títulos de esta alcurnia.
 No es un crimen el motivo
 Que á D. García sepulta
 Bajo las negras paredes
 De esta torrecilla oscura,
 Que al través de la maleza
 Con trabajo se vislumbra.
 Ni está solo en su retiro,
 Aunque á pensarlo conduzca
 Su mirar torvo y sombrío
 Que tristes lances augura.
 La razón de su destierro,
 Según la crónica anuncia,
 Fué la de haberse casado
 Contra la voluntad suma
 Del viejo conde, su padre,
 Que celoso de su alcurnia
 Los derechos le arrebató
 De la primogenitura.
 Qué motivos tuvo el viejo
 Para una acción tan injusta,
 Ni la crónica lo dice
 Ni al anciano conde culpa.
 Las sospechas, que á lo menos
 En algo cierto se fundan,
 Dicen que la bella novia,
 Motivo de esta aventura,

No igualaba á D. García
 En los timbres de su cuna,
 Por más que fuera también
 De noble familia oriunda;
 Que era hermosa con exceso,
 Cándida, inocente y pura,
 Pero tan rica de gracias,
 Como pobre de fortuna.
 Y añaden que el viejo conde
 Al descender á la tumba,
 En su segundo hijo Pedro
 Hizo completa renuncia
 De sus títulos y honores,
 Y de las cuantiosas sumas,
 Que en amarillos doblones
 Sus fuertes arcas ocultan.
 Solo dejó á D. García
 Para mayor mengua suya
 La modesta torrecilla,
 Sin almenas ni esculturas,
 Ni soldados, ni trofeos,
 Ni blasones ni columnas,
 Donde vive con su esposa,
 Que en su miseria procura
 Consolar á D. García
 De la pérdida fortuna.
 Que es un ángel Margarita,
 Y aunque de su esposo duda
 Cuando á sus dulces palabras
 La contestación rehusa,
 Amable siempre y hermosa
 Su torvo semblante busca,
 Y en su frente contraída
 Con tierno beso procura
 De sus negros pensamientos
 Borrar la huella profunda;
 Pero en vano á consolarle
 Con caricias se apresura,
 Que es muy triste el sentimiento
 Que en su corazón se oculta.
 Por eso la infeliz llora,
 Por eso la infeliz duda.

JUAN PATRICIO CUESTA.

EL ANIMA SOLA.

Novela original de

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

(Continuación.)

En este estado se hallaban las cosas cuando al fin se dió por concluido el traje del ama de gobierno, y avisado D. Félix por la Gitana para que señalase la hora en que aquella no estuviese en casa, señaló la de las diez y media de la mañana del día siguiente.

La Gitana, como dijo muy bien D. Félix, había mordido perfectamente el anzuelo, y ni sus numerosos lances de amor, ni su escuela del mundo habían sido suficientes para hacerla conocer si pisaba ó no sobre un terreno falso.

Pero forzada á creer en un amor que tanto la humillaba, no quiso desperdiciar cuantas ocasiones se la presentasen de poner á prueba la envidiada virtud de la joven huérfana.

Llegó al fin la aplazada semana, y después de haber arreglado perfectamente el vestido de seda verde en un canastillo, la Gitana llamó á Azucena y se lo entregó con un papeletito en que iba escrita de su puño la minuciosa cuenta de su importe.

Avergonzada la muchacha por la maliciosa sonrisa de sus compañeras, se levantó encendida como una amapola y balbuceó algunas excusas para que eligiese otra compañera para aquel encargo.

La Gitana reprendió á las costureras y se burló del rubor de Azucena. La joven se abochornó de nuevo, pero viéndose obligada á obedecer, tomó la canastilla y salió del taller casi temblando.

Pocos minutos después una mano tímida y delicada hizo resonar por dos veces el llama-

ador de bronce de las puertas de Salazar, y una joven hermosa, aunque pobremente vestida, se apoyaba contra la pared para esperar que abriesen.

La enorme puerta del palacio se abrió, apareciendo en ella una viejecita muy retocada y prendida, cuya cabeza cubría, á guisa de mantilla, un chal de lana ordinaria, á la que dan el nombre de Sayagüesa.

—Señora doncella, dijo Azucena esforzándose en dar á sus palabras toda la dulzura posible, ¿está el señor en casa?

—Doncella! repitió con acrimonia la vieja; doncella de mí sola, portera de D. Félix de Salazar y Custodia por la gracia de Dios y la de mi padrino.

—Pues bien, señora Custodia, repitió Azucena, no podreis decirme si está el señor en casa.

—El señor! he... he... lindo juego! el señor para entregarle ropa! Ah... bribonzuela, que bien habeis atisbado que doña Juliana está en Santo Domingo!

Azucena tuvo necesidad de apoyarse en la puerta para no caer de vergüenza.

—Pues bien! no está el señor, dijo Custodia en tono de desprecio... no está.

Azucena no respondió, y solo aguardaba á reponerse un poco para huir. Pasose la mano por la frente, como si quisiera borrar de su memoria lo que acababa de oír, y daba ya un paso para marchar cuando se sintió detenida por una mano vigorosa que la arrastró suavemente hacía adentro.

—A dónde vais? murmuró al mismo tiempo á su oído una voz dulce y conmovida.

Azucena respiró, volvió apresuradamente la cabeza y exhaló un grito al verse detenida por el mismo Salazar, que había bajado de puntillas detrás de Custodia.

—Señor! señor!... murmuró la pobre joven esforzándose por desasirse de la mano de D. Félix, soltad por Dios... yo... yo... venia.

—A entregar el vestido, interrumpió don Félix mirándola con el mayor interés; pero decidme francamente, me teneis miedo?... en ese caso....

—Oh!... miedo... no, señor... miedo! ¿y por qué? respondió Azucena con dignidad.

—Teneis razon, contestó el solteron casi avergonzado. Guíad esta jóven al salon, Custodia, añadió dirigiéndose á la vieja, cuyas disculpas ni se habia dignado escuchar.

—Custodia guió á Azucena por los vastos pasadizos de aquel antiguo palacio, hasta dejarla en el salon de recibo.

VI.

La tentacion.

El salon en que Custodia habia dejado á Azucena era una habitacion vastisima, cuyas paredes, cubiertas de grandes cuadros al óleo, le daban un aspecto verdaderamente régio.

Como buen eclético, habia Don Félix reunido en su casa las bellezas del arte antiguo, con los refinamientos de los tiempos modernos, y amante sobre todo de su comodidad, no habia reparado en colocar su magnífica mesa de escritorio á la cabeza del salon de recibo.

A pesar del sobresalto que pudiera inspirar la mala fama de Salazar, Azucena se habia tranquilizado hasta el punto de matar el tiempo con la mayor serenidad en contemplar los antiguos trajes que ostentaban los retratos de familia que adornaban las pintadas paredes.

Aunque poco cursada en la escuela del mundo, no podia menos de comprender que en las maneras de D. Félix para con ella habia algo de respetuoso, de verdaderamente enamorado, y que el que ama no puede usar nunca de las traiciones del que seduce.

Creía, sí, que aquello era un juego, pero estaba muy lejos de dar fé á la fama de Salazar, porque habia oido decir muchas veces á su abuela, que las que se dicen perseguidas suelen ser las mas veces perseguidoras. Por otro lado, su amor á Antonio, incompatible con otro cariño alguno, era un motivo mas para que las tiernas frases de D. Félix la inspirasen tan solo una satisfaccion pueril, hija de la vanidad de ser amada, pero nunca miedo.

La puerta del salon se abrió, dando entrada á D. Félix, que saludando con la mayor amabilidad, invitó á la jóven á que tomase asiento.

—Oh! no, señor, respondió sencillamente, tengo prisa, y presentó á D. Félix el papel de la cuenta.

—Muy bien, dijo D. Félix, leyendo solo la suma, muy bien, dejad el vestido ahí encima de ese sofá... pero... añadió, ¿qué jornal ganais en el taller?

—Dos reales, balbuceó Azucena bajando los ojos.

—Dos reales!... infame Gitana, murmuró D. Felix realmente indignado. ¿Y vivis con solo ese jornal?

—Ah! señor! y si fuese sola!

—Ah! es verdad, se me habia olvidado la abuela; ¿pero esa pobre mujer no tiene otro medio alguno de existencia?

—Señor, respondió Azucena conmovida, dejadme salir, cuando se trata de mí, me siento con fuerza para soportar la desgracia; pero mi pobre abuela, casi ciega, ah!

Y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Dos mujeres con dos reales! repetía atónito D. Félix, infelices, ¿y cómo os vestireis?

La muchacha enmudeció de vergüenza al contemplar sus miserables vestidos.

—Y para vosotras no habrá ni abrigo, ni lumbre, ni diversiones de ningun género.

—Señor, murmuró Azucena, sin levantar los ojos, el día que tenemos pan estamos ya contentas.

—Pues bien, tendreis pan, tendreis abrigo, tendreis diversiones, y no carecereis de nada, exclamó D. Félix, clavando en ella sus ojos de fuego.

—Azucena levantó entonces los ojos y los bajó de nuevo casi asustada.

—Sí, hija mía, añadió con voz mas dulce, y dominando en cuanto pudo su emocion. Sabia que erais una jóven honrada y laboriosa, sabia que pasabais una vida miserable, pero no podia presumir que hubiese mujeres tan infelices que no tuviesen para cubrir todas sus atenciones mas cantidad que la que acabais de señalar.... Vamos, no os avergonzéis por eso; pobreza no es vicio, y todo puede remediarse aun. ¿Me permitis que sea vuestro prestamista?

—Pero, señor! respondió la muchacha con alguna desconfianza, ¿cómo ha de tomar prestado el que no puede pagar ni lo mas preciso?

—Quiere decir que me pagareis cuando podais, ¿no es verdad? Tomad, añadió entregándola el importe del vestido, aqui teneis la cuenta de la Gitana; en cuanto á vos, en este bolsillo hallareis lo suficiente para procuraros abrigo, así como á la pobre anciana á quien sosteneis, y luego...

—No, no, señor, imposible... gracias... yo no puedo nunca pagar, murmuró la muchacha, roja de vergüenza.

—Vamos, hija mía, no me avergonzéis, por Dios, esa es una cantidad insignificante... no os diré que es una limosna, porque me pareceis muy susceptible; pero sí, que si no podeis pagarme en vida lo hagais al Hospicio despues de mi muerte.

(Se continuará.)

Damos con gusto cabida en nuestras columnas á las siguientes líneas de uno de nuestros mas constantes colaboradores.

Si los interesantes detalles que nos ofrece de los diferentes puntos en que se disemina la buena sociedad en la estacion de verano, corresponden á lo que tenemos derecho á esperar de su ilustrada pluma y buenas relaciones, no podrán menos de ser del agrado de nuestras lectoras.

Sr. Director del ALBUM DE SEÑORITAS.

En su solicitud por dar toda la amabilidad posible á su periódico, me acomete en brecha para que le escriba cuanto vea en mi expedición. Si Vd. no fuera tan mi amigo, y las Suscriptoras de su periódico tan afectas á él, y yo no tuviera tanto cariño al periódico, siquiera por la fecha que va contando una publicacion de esta especie, lo cual dice mucho en abono de nuestras ilustradas compatriotas, y de la inteligencia de Vd., pues no pueden mis pobres artículos entrar en tan digna participacion, le hubiera contestado lo que una hermosa al pretendiente que no ama. Pero tantos estímulos vencen mi resolucion de *no hacer nada*.

Le contaré lo que yo vea en las Provincias Vascongadas, en ese bello y patriarcal pais, donde el suelo está siempre verde; lo que me cuenten de la Granja y del Escorial, del Cabañal y de otros puntos, adonde no voy, pero donde van amigos y amigas, que me han ofrecido noticias, y me las darán, y yo las enviaré á Vd., descartando de ellas las relaciones de enfermedades, de muertes, tan dolorosas como la que acaba de acaecer á una señora bien conocida en Madrid, espo-

sa de un amigo mío, no menos conocido por sus escritos, como ella lo es por el envidiable pincel de su padre y hermanos, y que yendo á Panticosa, ha muerto en el camino.

De esta clase de noticias no le daré otra. Voy á recrear el ánimo, no á entristecerle: le hablaré de bailes, de meriendas, de toda clase de funciones; le contaré las anécdotas que sepa; y en fin, procuraré que las Suscriptoras de Madrid puedan estar al corriente de lo que pase, lo mismo á la orilla del inquieto Océano, que del pacífico Mediterraneo, junto á los sombríos Tilos del Escorial, que cabe la favorecida fuente de la Reina en la Granja. Ni la triste y estéril posesión de los baños de Peralta, ni sus vecinos los de Loeches, dejarán de tener sus líneas reservadas, aunque no sea mas que para ir contribuyendo al nombre que desean adquirir estos establecimientos; que si el primero ofrece las comodidades del año último, bien puede Vd. compadecer conmigo á los banistas.

Ya vé mis buenos deseos; si no se realizan, no me eche la culpa; no la tendré seguramente. Hay tanto aliciente al *dolce far, etc.*, en las expediciones veraniegas, que nada tendria de extraño me adormeciese como Pompeyo, sin ir á otra Cápua.

A. P.

Madrid 7 de julio.

A la Señora

D. VICENTA GARCIA MIRANDA,

autora del artículo

Titulado IMPRESIONES DE MI ALMA.

¡Salud, corazón rico de sentimientos y afecciones, que con tan inimitable acierto espresas las impresiones de tu alma: la mía al

aspirar el perfume de tus poéticas ideas, ha recorrido en su inmensa estension la escala de todas las emociones. Yo no soy como tú, *hija infortunada, desolada esposa y madre sin ventura*; pero para escribir el corto prólogo de la historia de mi vida, he mojado mi pluma en un lago de hiel y de lágrimas. Un alma, presa del dolor y el infortunio, si encuentra una compañera, la encuentra igual en el modo de sentir; por eso tu alma y la mía identificadas en sus supremos dolores se han identificado tambien en sus sentimientos. En esas horas de dulce reposo, en esas horas de silencio y calma en que una naturaleza exuberante de vida, y una primavera rica de poética hermosura, de animacion y armonía, convidan á la meditacion; he sentido esa dulce ternura, esa felicidad inexplicable, y esa grata y profunda melancolía que con tan maestro pincel sabes delinear; y al ver que existe quien con tan elocuente lenguaje ha traducido los sentimientos que nunca le fué dado describir á mi pluma, diré una y mil veces, ¡salud al alma hermana de la mía que con sus sentidos conceptos ha hecho vibrar hasta las mas ocultas fibras de este corazón desgarrado!...

M. V.

MODAS.

Difícil tarea es ocuparse de Modas en estos momentos; todas las elegantes nos abandonan: los viajes, los baños, las visitas á Provincias las reclaman, y se alejan de Madrid, que va presentando un aspecto demasiado sério, con tanta precipitacion como tendrán en setiembre para volver á buscar aqui los placeres y distracciones del invierno. Pero ofrecimos en nuestro número anterior continuar la reseña del equipo necesari-

rio para estas expediciones veraniegas y hemos de cumplirlo, aunque para ello tengamos que empaquetarnos entre las cajas y cartones de una de nuestras bellas náyades que van á los baños de mar á curarse un mal imaginario, que es el mal mas de moda y de mejor tono.

Por supuesto, que ninguna nereyda elegante se presenta en la playa en rigoroso *negligé*; sería inconveniente visitar de cualquiera manera á una señora tan coqueta como la mar, que gasta collares de coral y cinturones de perlas.

El organdí es una de las telas que mas bien se prestan á trajes de verano: estampado con dibujos de flores en su fondo y volantes, es del mejor efecto para paseo: el organdí blanco con volantes picados, ó el rosa, para vestido un poco escotado, es un lindo traje para reuniones de noche.

La granadina es una tela muy á propósito para viajes por su suavidad y ligereza: el color azul liso es lindísimo. El cuerpo de estos vestidos se guarnece de cintas estrechas y de lazos, que se colocan tambien en los volantes: las flores de la cabeza deberán ser con este traje azules y blancas. Esta tela es de muy buen efecto en color de maiz, que va muy bien á las morenas, con prendido de flores encarnadas.

La muselina es otra de las telas que mas se llevan; si la falda es bordada y con viso de tafetan azul ó rosa, se forran los volantes con gasa del mismo color para que el conjunto sea igual.

Estos tejidos ligeros no escluyen, sin embargo, los tafetanes y otras telas de seda. Citarémos en este género algun traje de paseo y visita entre los que nuestras Suscriptoras á dos Figurines reconocerán el que se les remitió con el número anterior de 30 de Junio.

Vestido de tafetan estampado, fondo

blanco con rayas arrasadas: el cuerpo alto, perfectamente ajustado al talle, y cerrado por la espalda; talle bajo; cintura redonda; falda de mucho vuelo y pegada en pliegues anchos.

Otro vestido de tafetan *Eugenia*, que es un color de rosa fuerte: el cuerpo alto y fruncido por detrás y abierto por delante; falda fruncida y abierta por delante; manga ancha y cerrada al puño y abierta por el lado; unas tiras de terciopelo cierran cruzándose la abertura de la falda, cuerpo y mangas, dejando ver el vestido interior de muselina bordada.

Otro, para recibir en casa, de popelina gris-perla; cuerpo alto por detrás y abierto por delante hasta la cintura, sujeta con un lazo. Una vuelta de tafetan escocés, formando berta, viene en disminucion hasta la cintura, y baja volviendo á ensanchar hasta el bajo de la falda. Cuatro grandes lazos de cinta sostienen por cada lado de la falda la vuelta escocesa, dejando ver la falda del peinador de muselina bordada con cinco volantes.

Aurora.

Explicacion del pliego de dibujos.

- Núm. 1. *Cuello*. Este cuello de esquisita riqueza en su dibujo, es para bordar al pasado sus hojas y flores, y al feston sus líneas y contornos: el sembrado de las hojas deben ser ojetes.
- Núm. 2. *Escudo é iniciales*: bordado al pasado.
- Núm. 3. *Entredos para mangas ó fichú*: bordado al pasado, punto de armas y feston.
- Núm. 4. *Escudo*: bordado al pasado.
- Núm. 5. *Escudo*: bordado al feston.
- Núm. 6. *Escudo*: bordado al pasado, feston y punto de armas.
- Núm. 7. *Otro*: bordado al feston.
- Núm. 8. *Alejandrina*: bordado al pasado.
- Núm. 9, 10, 11 y 12. *Letras*: bordadas al pasado.
- Núm. 13. *Victoria*: al pasado y cordoncillo.